

HOMENAJE AL DOCTOR JULIÁN IDILIO SANTILLANA VALENCIA (HUANTA, 1948 - LIMA, 2025)



Idilio Santillana en Ayacucho, 1980 (cortesía: Rafael Varón).

1. INTRODUCCIÓN

En estas líneas, cuatro exalumnos de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) rendimos un sentido homenaje a nuestro querido profesor y amigo, el doctor Julián Idilio Santillana. Su partida, el 21 de agosto de este año, nos dejó conversaciones pendientes, planes de trabajos de campo por concretar, libros y artículos por terminar y publicar, pero sobre todo, el pesar de no haber tenido más tiempo para compartirlo con él. Escribimos este homenaje sabiendo que al doctor Santillana no le gustaba ser el centro de atención. Sin embargo, al preparar este texto, esperamos no solo abordar sus éxitos académicos y profesionales, sino también hablar del ser humano que tuvimos la suerte de conocer, reconociendo el impacto que tuvo en nuestras trayectorias de vida.

El texto que presentamos se organiza en dos partes. La primera sección, escrita por Sergio Barraza Lescano, ofrece una síntesis de las contribuciones académicas del doctor Santillana

y describe aspectos clave de su formación profesional y su práctica antropológica y arqueológica. En ella, se hace un recuento de sus trabajos etnográficos, sus investigaciones arqueológicas y sus esfuerzos en la conservación del patrimonio. Asimismo, el texto aborda a los investigadores y colegas que influyeron en el desarrollo intelectual de Idilio, mostrando cómo estos vínculos marcaron su trayectoria profesional y personal.

La segunda sección reúne perspectivas personales que, a través de anécdotas y conversaciones compartidas, nos permiten explorar el lado más humano del doctor Santillana y los lazos de amistad que forjó a lo largo de su carrera en la arqueología peruana, particularmente en la PUCP. Gabriela Oré Menéndez relata el camino del joven Idilio, desde sus inicios como estudiante hasta convertirse en el profesor Santillana. Luego, Carla Hernández Garavito ofrece una reflexión desde su experiencia como alumna y las vivencias que compartieron. Por último, Grace Alexandrino Ocaña comparte sus impresiones sobre lo que significó haber sido su colega y amiga.

2. LOS APORTES DEL DOCTOR SANTILLANA AL MUNDO ACADÉMICO

La figura de Idilio Santillana se encuentra estrechamente vinculada al estudio arqueológico de la sociedad inca. Sus investigaciones, llevadas a cabo entre las décadas de 1970 y 2020, abarcan cincuenta años en los que nuestro conocimiento del *Tawantinsuyu* y sus expresiones materiales se incrementaron significativamente. Paradójicamente, la primera publicación que dejó como parte de su producción bibliográfica no concierne al período cultural en el que se especializaría con el paso de los años. Se trata de un reporte publicado en 1975 (junto a otro escrito por Isabel Flores) en el que presenta los resultados de una prospección realizada en el sitio formativo de Pacopampa y los alrededores del distrito de Querocoto, en la provincia cajamarquina de Chota¹.

En este trabajo inicial, auspiciado por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM) a través del Seminario de Historia Rural Andina, Idilio haría manifiesto su interés por abordar el estudio de nuestro pasado desde una perspectiva integral: en sus propias palabras, con «la esperanza de encontrar nuevos derroteros para la investigación en Pacopampa, realizamos una prospección etnológica y etnohistórica en pueblos que antaño sirvieron de asentamiento a etnias hoy desaparecidas» (Santillana 1975: 143-144). En su reporte, hace patente que «quien escribe este informe cree fervientemente en la investigación interdisciplinaria» (*ibid.*: 144), expresando así el talante de un profesional *todo terreno*, remitiendo a la frase que solía emplear para referirse a aquellos colegas cuyos conocimientos trascendían el ámbito estrictamente arqueológico en los estudios andinos.

Idilio poseía una sólida formación en ciencias sociales recibida en las aulas de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (UNSH), donde apenas un año antes, en 1974, había sustentado su tesis de licenciatura en antropología titulada *Cambios en la estructura tradicional de la minoría étnica camp del Río Apurímac* (Rodríguez 1986: 239).

Paralelamente, mientras aún era estudiante universitario, además de sus investigaciones etnográficas, Idilio había adquirido experiencia en el trabajo de campo arqueológico, participando en excavaciones realizadas en el marco de proyectos de investigación dirigidos por destacados arqueólogos estadounidenses: en 1970, bajo la dirección de Richard MacNeish, como parte del Ayacucho Archaeological-Botanical Project (MacNeish *et al.* 1970: 3; MacNeish 1980-1983, III: 24, IV: 136); y entre 1971 y 1972, en el Huánuco Pampa Archaeological Project, dirigido por Craig Morris (Covey 2011: 5; Morris 1974: 60).

Idilio conoció a Morris en 1970 durante el 39° Congreso Internacional de Americanistas por intermedio de Carlos Iván Degregori (Santillana 2005b: 6). La temporada de investigación en Huánuco Pampa despertaría su interés por el *Tawantinsuyu*, lo que más tarde lo llevó a visitar sitios construidos u ocupados por los incas en diferentes regiones de los Andes (Santillana 2012: 17) y a intervenir arqueológicamente algunos de ellos, localizados en Ayacucho, Cajamarca, Chíncha y Cuzco (Santillana 1979, 1983a, 1984, 2001a, 2012).

Los trabajos realizados en el antiguo Huánuco Viejo le permitieron, asimismo, familiarizarse con el muestreo aleatorio y el levantamiento de planos con teodolito, participando activamente en las primeras mediciones que, tras tomar 15,000 puntos, dieron como resultado el primer plano completo del asentamiento (Morris 1980: 142, nota 9).

Como testimonio de su participación en esta tarea, ha llegado hasta nosotros una fotografía (*v.* Morris *et al.* 2011: 12) en la que Morris observa atentamente un punto a través del lente ocular del teodolito, mientras que frente a él, un anónimo *mozuelo* toma nota de los datos dictados, protegido del frío con un gorro de lana. En 2011, mientras grabábamos en la computadora de su oficina en la PUCP el archivo digital del libro en el que se publicó esta fotografía, el querido maestro y amigo huantino no pudo ocultar una sonrisa al reconocer su joven imagen en la pantalla del monitor. Habían pasado cuarenta años desde ese momento evocado por una vista en blanco y negro.

El vínculo de amistad y profesional que Idilio estableció con Morris lo llevó a ser coautor de un estudio sobre la economía inca, a partir del hallazgo, bajo su supervisión, de evidencias de producción textil y chicha de maíz en la Unidad VB5 de Huánuco Pampa (Santillana 1978). Unos años antes, en 1972, ya habían presentado juntos un informe preliminar de estos trabajos en la ponencia titulada «Nuevas evidencias sobre producción en una ciudad inca», en el marco del «I Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina», en Lima (Morris 1980: 151, nota 21).

Tras su participación en el proyecto Huánuco Pampa, Idilio formaría parte de diversos proyectos arqueológicos a nivel nacional. Como se ha señalado previamente, llevó a cabo prospecciones en Pacopampa y sitios cercanos de la provincia cajamarquina de Chota durante los meses de julio y agosto de 1975. Ese mismo año, realizó excavaciones de sondeo como parte de un rescate arqueológico ejecutado al oeste del ala izquierda del templo formativo en «U» de La Florida, en el valle del Rímac (Fuentes 2012: 196). Lamentablemente, la publicación del informe de esta intervención, que se esperaba fuera patrocinada por el entonces Instituto Nacional de Cultura (Myers 1977: 285-286), nunca se concretó.

También fue en 1975 cuando emprendió trabajos de limpieza en el sector ceremonial de Intihuatana, en el conjunto arqueológico de Pisac, en Cuzco. Junto a otros arqueólogos y antropólogos nacionales, como Italo Oberti y Percy Paz, Idilio formó parte del Proyecto Per 39, un programa coauspiciado por la Organización de las Naciones Unidas y el Gobierno peruano con el objetivo de estudiar y conservar una serie de sitios arqueológicos incas y monumentos coloniales (Moorehead 1978: 65, 92).

En este contexto, realizó la restauración de tres grupos de andenes (labor que concluyó en 1977) y excavó en cuatro recintos del sector conocido como Wayrana (Chalco 2017: 37). Estas labores le llevarían a escribir un estudio sobre la composición poblacional y la agricultura desarrollada por el Estado inca en Pisac (Santillana 1979), en el que reconoció la existencia de diferentes categorías de andenes (algunos reservados para las *panacas* o familias reales) y postuló la antigua presencia de *mitmas* especializados en actividades agrícolas. La tecnología agrícola y la ingeniería hidráulica desarrolladas por los incas fueron temas a los que Idilio prestó especial atención, como lo demuestra el detallado estudio que les dedicó décadas más tarde (*v.* Santillana 1999).

Durante esta temporada de campo en Cuzco, entre julio y agosto de 1975, tuvo la oportunidad de colaborar con la investigadora estadounidense Elisabeth Moorehead, que venía estudiando la arquitectura incaica en adobe (Moorehead 1978: 92). Ella había llegado a Perú en calidad de consultora arqueológica del Proyecto Per 39, programa que también contó con la participación del destacado historiador de arquitectura italiano Graziano Gasparini, quien brindó algunas conferencias a sus integrantes sobre la arquitectura inca (*ibid.*: 65). Algunos de los materiales presentados en Cuzco fueron incluidos por Gasparini en el libro titulado *Arquitectura inca*, que escribió en colaboración con Luise Margolies y publicó dos años más tarde en Caracas.

Los estudios de Gasparini marcaron la formación profesional de Idilio. De hecho, años más tarde, el mencionado libro se convertiría en una de las lecturas obligatorias para sus alumnos

universitarios. Su interés por la arquitectura imperial cuzqueña se reflejaría más tarde en la publicación de estudios sobre el Cuarto del Rescate de Cajamarca (Santillana 1983a) y las plazas de Cuzco (Santillana 2001b), así como en su reseña bibliográfica del libro *Inka Settlement Planning* publicado en 1990 por John Hyslop (Santillana 1994).

Entre 1979 y 1980 permaneció en Ayacucho, iniciando su rol como docente en la UNSCH. Por aquella época, realizó sus primeros reconocimientos del centro administrativo inca de Vilcashuamán y otros asentamientos incas de la región, levantando planos preliminares, tomando fotografías y apuntando sus observaciones, materiales que más tarde le serían útiles para la elaboración de su tesis doctoral (Santillana 2012: 17).

Tras contraer matrimonio con la dama ecuatoriana Carmen Ortiz Crespo, a quien había conocido en Cuzco, Idilio se trasladó al vecino país norteño, donde residió por un breve período de tiempo (1980-1981). Durante su estancia en Ecuador, participó junto a otros investigadores en la fundación de la Escuela de Arqueología de la Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL) en Guayaquil, desempeñándose como docente junto a otros reconocidos arqueólogos y antropólogos sudamericanos, como Jorge Marcos (Ecuador) y Myriam Tarragó (Argentina) (Echeverría 1996: 94, nota 7). En esta etapa, participó en el Proyecto Arqueológico y Etnobotánico Peñón del Río, al norte de la ciudad de Durán, en la provincia de Guayas (Santillana 1981a).

En 1982, ya se encontraba en Lima, en un terreno situado entre la mansión y la plaza Marsano, en el distrito de Surquillo, inspeccionando los restos de arquitectura colonial junto con el historiador Rafael Varón y al antropólogo Lorenzo Huertas (Varón 1997: 465, nota 15). La arqueología histórica y la historia colonial, en particular, el desarrollo urbanístico de las ciudades andinas, eran otras líneas de investigación que le atraían (*v.* Santillana 1981b). Al respecto, sabemos que en 1984 elaboró un informe sobre las posibilidades de realizar investigaciones arqueológicas en las catacumbas del Convento de San Francisco, en el Centro de Lima (Deagan 1984: 37).

Junto con Elías Mujica y María Rostworowski, en 1983, realizó prospecciones arqueológicas en la quebrada de Malanche, en el distrito de Punta Hermosa, al sur de Lima. Como resultado de este trabajo, se identificaron 13 asentamientos prehispánicos con evidencias de haber sido ocupados durante el período colonial temprano; dos de estos sitios (Malanche 1 y Malanche 10) fueron reconocidos como poblados permanentes de lomas (Santillana 1983b: 10, 13). Cabe mencionar que en otro de estos asentamientos, Malanche 5, se reportaron evidencias de una compleja gestión del medio ambiente para uso agrícola, que incluía la construcción de canales, pozos, surcos y plataformas de cultivo (*ibid.*: 13).

Ese mismo año, Heather Lechtman, Craig Morris y John V. Murra, en representación del Institute of Andean Research de Nueva York, presentaron con éxito una propuesta de beca de investigación a la Tinker Foundation para llevar a cabo el proyecto titulado *Ecological Complementarity and Long Distance Maritime Exchange in the Chincha Area, Peru: An Inter-American Research and Training Program of the Institute of Andean Research* (Barnes 2019: 10), uno de cuyos objetivos era la capacitación profesional de jóvenes arqueólogos peruanos. Entre otros destacados investigadores nacionales, participaron en este proyecto María Rostworowski, Luis Guillermo Lumbreras e Idilio Santillana.

Como ha señalado acertadamente Joyce Marcus, los trabajos arqueológicos en La Centinela de Chincha marcaron una segunda etapa en la carrera de Morris, llevándolo a investigar un centro administrativo costero anterior a los incas y, por lo tanto, ajeno a la creación artificial o *urbanismo obligado* desarrollado por el Estado inca en sitios como Huánuco Pampa (Marcus 2007: 9). En este nuevo reto, Morris contaría con la participación de su buen amigo y colega huantino, que desde 1982 impartía clases en la PUCP y la UNMSM. El estudio publicado por Idilio en la revista sanmarquina *Arqueología y Sociedad*, bajo el título «La Centinela: un asentamiento Inka-Chincha. Rasgos arquitectónicos estatales y locales» (Santillana 1984), data de los inicios de este proyecto.

En el marco de estas investigaciones, en un área de Chincha protegida de las obras modernas de irrigación y cultivo por una profunda quebrada, Idilio halló fragmentos de redes dejadas por los antiguos pobladores de una comunidad pesquera especializada del Período Intermedio Tardío (900-1450 d.C.). Esta población prehispánica, identificada con el nombre de Lo Demás, fue estudiada pocos años más tarde por Daniel Sandweiss (1988: 102).

Durante los años siguientes, mientras realizaba temporadas de investigación arqueológica en Chincha, Idilio llevó a cabo estudios destinados a la preservación del patrimonio arqueológico e histórico bajo la tutela de la UNMSM y la PUCP. En 1988, durante la construcción del pabellón de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNMSM y habiendo quedado expuestos restos arquitectónicos y funerarios correspondientes a la sociedad Lima del Período Intermedio Temprano (200 a.C.-500 d.C.), elaboró un informe en el que precisaba la antigua existencia de 11 sectores arqueológicos dentro del campus universitario, varios de los cuales ya habían desaparecido para ese año, pero aún eran visibles en una fotografía aérea de la zona tomada en 1944 (Santillana 1988).

Idilio también fue asesor y responsable oficial de las dos primeras temporadas de campo (1992-1995) del Proyecto de Evaluación Arqueológica Casona de San Marcos, auspiciado por la UNMSM, la Agencia Española de Cooperación Internacional y el Instituto Nacional de Cultura del Perú (Fujita 2001: 205). Además, en enero de 1995, asumió las labores de conservación y puesta en valor del camino prehispánico y los restos arqueológicos conservados en el campus de la PUCP.

En octubre de 1997, en coautoría con Craig Morris, presentó en el simposio «Variations in the Expression of Inka Power» realizado en Washington D.C. bajo los auspicios del instituto de investigación Dumbarton Oaks de la Universidad de Harvard, una ponencia titulada «The Inka Transformation of the Chincha Capital», en la que expusieron los hallazgos efectuados en los sectores residencial, administrativo y religioso construidos y reocupados por los incas en La Centinela de Chincha. Este trabajo, junto con varios otros presentados en el evento, se publicaría diez años más tarde en el libro *Variations in the Expression of Inka Power* editado por Richard Burger, Craig Morris y Ramiro Matos Mendieta, con el patrocinio de Dumbarton Oaks Research Library and Collection (Santillana 2007).

También fue en 1997 cuando retomó sus trabajos de campo en Vilcashuamán y el sitio cercano de Pomacocha, con la intención de elaborar a partir de ellos su tesis doctoral (Santillana 2012: 18). Idilio presentó un avance de su investigación sobre Pomacocha en el Primer Taller de Estudios Incas organizado por el Institute of Andean Research de Nueva York en la localidad cajamarquina de Laguna Seca, a fines de agosto de 2000 (Santillana 2012: 21). En esa ocasión, un selecto grupo de andinistas, entre los que se encontraban, Segundo Moreno (Ecuador), María Rostworowski, Lorenzo Huertas (Perú), Sonia Alconini (Bolivia), Jorge Hidalgo (Chile), Ana María Lorandi (Argentina), John Topic (Canadá), Richard Burger, Gary Urton y Craig Morris (Estados Unidos), escucharon su ponencia titulada «Amaro Tupac Inca: entre el mito y la historia», en la que Pomacocha fue identificada como una propiedad o hacienda real de Amaro Tupac Inca, el primogénito del Inca Pachacuti (Topic 2009: 15).

Un año más tarde, bajo la asesoría académica del doctor Ian Farrington, Idilio sustentó su tesis *The Inka Province of Vilcasuaman: Religious Dynamics and the Expansion of the Inka State* en la Australian National University, en Canberra (Santillana 2001a), obteniendo su doctorado en Filosofía, Prehistoria y Arqueología. Una revisión actualizada de la tesis fue publicada en castellano el año 2012 con el título de *Paisaje sagrado e ideología inca: Vilcas Huaman*, que corresponde al volumen 11 de la Colección Estudios Andinos del Fondo Editorial PUCP, dirigida por Marco Curatola Petrocchi (v. Santillana 2012).

En esta tesis, escrita muy reflexivamente, encontramos las ideas de un arqueólogo consolidado, respaldado por su madurez académica, lo que le permitió abordar la comprensión de los asentamientos incas de Vilcashuamán y Pomacocha, un «núcleo cívico-ceremonial» situado en la antigua provincia inca de Vilcas y una «hacienda real» provincial, respectivamente, desde un enfoque eminentemente interdisciplinario. Por lo tanto, no duda en afirmar que «es evidente que

la confrontación de los datos arqueológicos con los de las fuentes etnohistóricas y etnográficas permite la fijación de criterios de confiabilidad cada vez más exigentes y limita las especulaciones académicas» (Santillana 2012: 36).

El último proyecto arqueológico en el que participó Idilio, antes de dedicarse exclusivamente a la docencia, fue el que codirigió en 2001 junto a Craig Morris (American Museum of Natural History de Nueva York) y Jean-Pierre Protzen (University of California at Berkeley) en el centro administrativo inca de Tambo Colorado, en el valle de Pisco, bajo el patrocinio de la Sommerville Expedition Fund del American Museum of Natural History.

Según lo anotaron sus directores en el informe de la temporada de campo 2001 presentado al Instituto Nacional de Cultura, el Proyecto Arqueológico Tambo Colorado tuvo como objetivo principal «comprender de la mejor manera posible la expansión Inca en la costa Sur del Perú a partir del incremento de nueva información sobre la cronología, tecnología constructiva, la población y las diversas actividades realizadas en una de las mejor conservadas instalaciones construidas por los Inca en la costa» (citado en Polo y La Borda 2013: 21-22).

En los últimos años, Idilio estuvo abocado a la enseñanza universitaria y a la publicación de varios artículos académicos (v. Santillana 2019, 2020). Su inesperada partida deja varias conversaciones inconclusas y un proyecto editorial, al que había estado dedicando su atención, pendiente. Sin embargo, también deja la convicción de que sus profundos conocimientos sobre la sociedad inca, en los que se sumergía cerrando los ojos y meditando en el aula durante sus clases, permanecerán vigentes por mucho tiempo en sus trabajos, sus lecciones y su recuerdo.

3. SUBIÉNDOSE AL CARRO DE LA ARQUEOLOGÍA

Todos conocimos al profesor Idilio como una persona altamente reservada. Tener su número de teléfono era casi un secreto de Estado. Es por ello que nuestras largas conversaciones por Zoom durante la pandemia, en las que le preguntaba sobre su vida como estudiante y sus primeras aventuras como arqueólogo, fueron un regalo y un gran privilegio para mis oídos. La historia que más se ha quedado grabada en mi memoria es aquella en la que Idilio, en ese entonces un joven estudiante de pregrado en la UNSCH, terminó, casi por casualidad, formando parte del famoso Ayacucho Archaeological-Botanical Project.

Una mañana, camino a sus clases en la universidad, el joven Julián Idilio se encontró con la camioneta del equipo del proyecto arqueológico dirigido por el doctor Richard McNeish, que en ese momento trabajaba en Pikimachay. Cuando los miembros del proyecto le contaron sobre sus excavaciones en el sitio, Idilio vio una gran oportunidad para imbuirse en la investigación arqueológica por primera vez en su vida. Con toda la confianza que solo un estudiante de arqueología puede tener, Idilio le preguntó a McNeish si podía acompañarlos como voluntario. McNeish, luego de preguntarle qué estudiaba, lo invitó a subir a la tolva de la camioneta y partió con su equipo y el nuevo estudiante hacia el sitio. Ese día, Idilio faltó a sus clases en la universidad, pero aprendió en qué consistía el trabajo de campo. Su buen desempeño, su ética de trabajo y su seriedad (desde joven siempre fue muy formal) le valieron un lugar permanente en el equipo. Bajo la tutela de McNeish, Idilio aprendió las finas técnicas de excavación en decapado y participó en las conversaciones y discusiones sobre los hallazgos de la jornada, que tenían lugar al final de los largos días de excavación. Esta experiencia confirmó su vocación por la arqueología, la investigación y su constante curiosidad por comprender los diferentes procesos culturales de los Andes, en particular, los de su natal Ayacucho.

Para buena suerte del joven universitario, sus profesores de la UNSCH entendieron que su participación en el proyecto del doctor McNeish le traería grandes beneficios, por lo que le permitieron seguir acudiendo a las excavaciones, con la condición de que regresara para tomar los exámenes de las asignaturas que todavía estaba cursando en la universidad.

En 1970, invitado por McNeish a asistir al 39° Congreso Internacional de Americanistas en Lima, Idilio conoció a su futuro gran amigo, Craig Morris («Craigcito», como lo llamaba Murra). Este encuentro fortuito fue el principio de una larga amistad entre Morris e Idilio, y de una colaboración constante en diversos proyectos de investigación, entre ellos las excavaciones en Huánuco Pampa (Dos de Mayo, Huánuco) e Incahuasi (Lunahuaná, Cañete).

En varias ocasiones, durante nuestras conversaciones por Zoom, Idilio recordó con cariño el tiempo que pasó trabajando con Craig Morris en Huánuco Pampa. Él, aún muy joven y con ganas de hacerse un espacio en el mundo de la arqueología, recordaba esta experiencia como algo que alimentó su interés por estudiar el periodo Inca, pero que también le mostró todo el alcance del trabajo arqueológico. La escala del proyecto (se trabajaron 117 unidades de excavación) requería una comunicación constante entre el equipo de arqueólogos y los trabajadores, y ahí es donde Idilio, que hablaba quechua con fluidez, resultó indispensable. El profesor contaba que una de las cosas que más le gustó de esa experiencia fue la calidez del equipo y las ricas conversaciones que tuvieron lugar en el campamento del proyecto, que contrastaban con el intenso frío del altiplano donde se ubica el sitio.

Estas experiencias durante los años de formación de Idilio como arqueólogo sentaron las bases de su trayectoria profesional y académica, incluyendo su interés por los incas, su amplio conocimiento de la cultura andina y su capacidad humana. Como joven arqueólogo, Idilio se lanzó a la aventura y apostó por crear oportunidades que le proporcionaran espacios de aprendizaje y crecimiento profesional, lo que contrasta con la imagen del intelectual reservado que todos llegamos a conocer.

Extrañaré nuestros cafecitos y me cobraré esos pastelitos cada vez que recuerde sus tímidas bromas y su constante presencia, casi paternal, en mi vida como estudiante y profesional.

4. LA HUELLA DE UN GRAN MAESTRO

Los maestros como el doctor Santillana son un ejemplo a seguir para todos los que nos dedicamos a la enseñanza. Era un profesor que conocía su materia, que se preocupaba por el aprendizaje de sus alumnos, que valoraba el conocimiento y nos retaba a ser mejores. Pero también era alguien de quien podíamos esperar honestidad, dispuesto a apoyar a sus estudiantes y a verlos como personas con mundos más allá del ámbito académico.

Como estudiante de arqueología y luego de la maestría en el Programa de Estudios Andinos de la PUCP, tuve el gusto de tomar varias clases con él. El doctor Santillana solía dar clases temprano por la mañana. Llegaba al salón y era tan conocedor de la historia que iba a compartir con sus alumnos que se sentaba en el escritorio al frente del grupo, a veces cerrando los ojos, para hablar con la calma de alguien que había dedicado su vida al estudio de las comunidades andinas. Siempre recordaré sus exámenes en los tradicionales cuadernillos de la PUCP, y él al frente de la clase, diciendo: «Primera pregunta. Arquitectura inca», y darnos cuenta de que ahora teníamos que recordar todo lo que sabíamos sobre el tema. El miedo a omitir algún detalle importante se convertía en una compulsión por llenar uno o dos cuadernillos. De él aprendí la pasión por el estudio del Imperio inca y que ser arqueólogo no consiste solo en investigar objetos, sino en contar historias del pasado, tratando de ver a las personas.

Fuera del salón de clases también era un maestro. Era generoso con su tiempo, su historia y su intelecto. Bajo su expresión calmada y seria, era cálido, sonriente y bromista. Comenzamos a trabajar más de cerca la primera vez que fui jefe de prácticas en la PUCP, cuando él era el coordinador de las jefaturas. Por alguna razón, vio algo en mí que me permitió formar parte de su espacio personal. Al principio, solo eran largas conversaciones sobre arqueología, hasta que la charla se convertía en un examen oral sobre cualquier idea que se le ocurriera. Luego, me llamaba a su oficina y me hacía preguntas sobre el uso de la computadora (su gran enemiga, creo yo), y más

tarde me invitaba a su tradicional *un cafecito y un postre*, donde el examen oral daba paso a conversaciones, consejos y, poco a poco, a la oportunidad de conocer a la persona detrás del profesor del que había aprendido tanto.

Como buen maestro, un momento concreto de nuestra relación marcó para siempre el rumbo de mi vida. Tras completar mi bachillerato, licenciatura y maestría en la PUCP, con el doctor Santillana formando parte de todos mis comités y manteniendo una comunicación fluida, pasé de ser jefe de prácticas a docente de algunas clases. Los cafecitos, los postres y los problemas con las computadoras continuaron. Fue en 2009 cuando le dije por primera vez: «Me voy a hacer el doctorado», a lo que el doctor Santillana respondió: «No estás lista». Esa tarde me dijo que me faltaba experiencia, que debía viajar más por Perú, hacer más trabajo de campo y entender todo lo que quería estudiar de una manera más directa. En pocas palabras, necesitaba salir del nido de la PUCP y del nicho del aula. Tal era el respeto que le tenía (y que le sigo teniendo) que simplemente hice lo que me dijo. Nunca se me habría ocurrido no hacerlo, porque sabía, sin lugar a dudas, que era una persona que tenía las mejores intenciones en su corazón y en sus consejos, y que quería lo mejor para mí. En ese momento, le dije que iba a seguir su recomendación, pero no le conté el resto de la historia: que tenía razón, que en esos años mi vida había implosionado de una manera inesperada y que, más que avanzar en mi carrera, estaba tratando de escapar de todo lo que conocía. El doctor Santillana me dijo: «Quédate un año más» y ese consejo fue un punto de quiebre.

Al año siguiente, después de hacer trabajo de campo, conocer nuevas cosas, pensar en lo que quería hacer y en quién quería ser, volví a su oficina: «Me voy a ir a hacer el doctorado». «Bien Carlita, ¿A dónde va a postular?». Le di mi lista de universidades, «¿Cuál es su prioridad, Carlita?». «Vanderbilt, doctor». Silencio. Por un momento me preocupó que hubiera dado la respuesta equivocada. Pero no lo era. El doctor Santillana se encargó de recomendarme a otros profesores que sabía que podían escribir una carta de recomendación que la universidad tendría en cuenta. En 2011, comencé una nueva etapa en mi vida y mi carrera en Nashville, que me ha traído lo mejor que tengo. Nunca le podré agradecer lo suficiente al mentor que me dijo: «No estás lista».

Cada vez que he regresado a Perú desde entonces, no ha habido una sola ocasión en la que no me haya reunido con el doctor Santillana para tomar un cafecito, un postre y conversar. Tampoco dejó nunca de tomarme exámenes orales. Cuando nos enteramos de que había fallecido, mi esposa Gabriela y yo estábamos en Las Vegas y lo único en lo que pudimos pensar fue en manejar hasta la cafetería más cercana para tomar un cafecito y un postre. Al igual que los incas brindando con sus *mallkis*, como un miembro que sigue vivo y vibrante dentro de su comunidad, el doctor Santillana es para nosotras un maestro, un mentor, un amigo y una memoria.

5. LAS FORMAS DEL AFECTO: IDILIO COMO AMIGO, COLEGA Y MENTOR

Durante mis años como estudiante de arqueología en la PUCP, el profesor Santillana era sinónimo de erudición y reserva —*perfil bajo*, como solía decir con una sonrisa—. En aquella época, al verlo interactuar con exalumnos de una manera más distendida y cercana que con nosotros, a veces me preguntaba si, con el tiempo, llegaríamos a compartir esa misma confianza.

Al terminar el pregrado, mi camino continuó vinculado a la PUCP por algunos años, y fue durante ese periodo cuando tuve la suerte de transformar nuestra relación profesor-alumna en una profunda amistad. Es difícil decir que me convertí en su colega, y aunque creo que él llegó a considerarme como tal, todavía me parece una osadía pensar en mí misma a la par del doctor Santillana. Para mí y para muchos otros, Idilio era ese personaje de fábula que tenía miles de historias, respuestas sabias y grandes consejos. Si bien estas dudas surgen de mi profunda admiración por su calidad humana e intelectual, mis años de observar su manera de actuar y ser su amiga me permiten contarles lo que significaba ser colega de Idilio.

El doctor Santillana llegaba temprano, cuando el campus aún despertaba, y solía quedarse hasta el anochecer. Pasaba todo el día en la universidad, moviéndose entre clases, conferencias y conversaciones que se extendían sin prisa. Para él, la universidad no era solo un lugar de trabajo: era un lugar de encuentro, generoso y abierto, donde compartir ideas era tan importante como producirlas, y donde el conocimiento cobraba vida en la amistad y la conversación.

La oficina de Idilio estaba en el primer piso del Departamento de Humanidades, justo frente a Estudios Generales Letras. Como rara vez cerraba la cortina, cada vez que pasaba por allí podía verlo ocupado, investigando o hablando con alguien. Al ser un reconocido experto en la cultura Inca, recibía la visita de exalumnos de la PUCP o la UNMSM que estaban escribiendo sus tesis de licenciatura, así como de estudiantes de posgrado e investigadores nacionales e internacionales, a quienes escuchaba con atención, cerrando los ojos y llevándose ambas manos a la frente. A todos ellos les aconsejaba, como a mí en su momento, con generosidad y claridad, dedicándonos horas de su tiempo, prestándonos libros y proporcionándonos información precisa que enriquecía nuestro trabajo intelectual. En su oficina, el rigor convivía con la amabilidad: entre pilas de libros y notas manuscritas, Idilio aprovechaba cada visita para brindarnos más detalles que no había alcanzado a dar en clase o para reiterar algún dato que se nos había escapado.

Sus conocimientos no se limitaban a la arqueología. Sus múltiples intereses y su curiosidad intelectual lo convertían en un interlocutor ideal para filósofos, lingüistas, antropólogos y literatos: colegas y amigos queridos de las humanidades y las ciencias sociales, con quienes compartía cafés, cenas y almuerzos, hablando sobre los intrincados Andes y *sus gentes*. Era habitual verlo sentado en la cafetería de Letras, conversando con sus amigos y colegas, disfrutando de un intercambio interdisciplinario lleno de detalles exquisitos sobre observaciones de sus años de trabajo de campo y compartiendo anécdotas sobre su querida Huanta. Contra todo pronóstico —con una mente tan llena de conocimientos, capaz de proponer al menos tres temas de tesis en cada clase—, Idilio no permitió que la academia lo automatizara. En lugar de encerrarse en la erudición, cultivó una calidez y una empatía que son cada vez más escasas en nuestro ámbito profesional.

Esa humanidad se manifestaba en pequeños gestos. Tomar un café con Idilio significaba hablar de los incas y *del reino*, pero también compartir anécdotas personales, porque él estaba genuinamente interesado en comprender el contexto particular de tu vida. Muy pronto, en nuestras innumerables conversaciones, se enteró de mis madres y mi hermana, de nuestra dinámica familiar y de algunas circunstancias complejas. Siempre encontraba la manera de volver a esos temas, para preguntar cómo iban las cosas o simplemente recordar un detalle con una sonrisa. Aunque su carácter reservado le impedía profundizar demasiado, su interés era genuino. En cada encuentro mostraba su característica mezcla de discreción y cercanía: una forma tranquila de hacerte sentir escuchada y apreciada. Así, la presencia de Idilio como colega iba más allá de lo académico, ya que para él era un espacio de comunidad y afecto, tanto como de conocimiento.

Nuestros años de amistad tras el pregrado me permitieron acompañarlo en momentos en los que necesitaba ayuda. Por ejemplo, las computadoras eran su herramienta principal, pero al pertenecer a la generación analógica, a veces se enredaba en los caprichos de la tecnología. En esos momentos, dependiendo de la situación, en broma o en serio, me buscaba para contarme lo que había salido mal. No lo hacía con todo el mundo, pero creo que todos los exalumnos a los que pidió ayuda con estos y otros menesteres lo consideraron como un acto de profunda confianza. Al fin y al cabo, pedir ayuda es reconocer una limitación y mostrar vulnerabilidad.

Durante los años que pasé fuera del país realizando mis estudios de posgrado, siempre sentí la compañía de Idilio. Intercambiábamos correos electrónicos y mensajes de texto para mantenernos al día de los principales acontecimientos. A su manera —solemne, risueña y siempre respetuosa— me acompañó desde la distancia, animándome a continuar por un camino que a veces puede ser innecesariamente difícil. Se lo dije alguna vez, aunque sospecho que no alcanzó a imaginar la magnitud del apoyo que me estaba brindando. Cuando regresaba a Lima y lo visitaba en su oficina o salíamos a tomar un café (yo) y una infusión (él), me pedía un resumen detallado de los

últimos meses y un reporte de los exalumnos con los que sabía que aún mantenía contacto. Breve pero cariñoso, celebraba cada paso de mi camino hacia el doctorado con un orgullo que, aunque discreto, se sentía inmenso.

También lo acompañé en momentos menos gratos. El mundo académico es un espacio laboral, por lo que nos enfrentamos a momentos difíciles que ponen a prueba nuestra capacidad de ser amables. En todos los años que hablé con Idilio, nunca usó palabras poco agradables para referirse a un colega o autoridad con quien pudiera estar en desacuerdo. Quizás no lo hizo porque, dentro de todo, yo había sido su alumna y estaba, de una manera u otra, en el mismo espacio profesional que él, pero este detalle es importante para completar el retrato del tipo de ser humano que era nuestro querido profesor.

Cuando llegó la pandemia, su vida cambió rotundamente. Como muchos de sus contemporáneos, la virtualidad no era su aliada. Tuve que sustituirlo de emergencia en su clase de Etnología aplicada a la arqueología, pero antes de hacerlo, teniendo en cuenta el reto que suponía, hablé con él: «Es su clase, profe, no la puedo dictar como usted», le dije. Me respondió con un «No se preocupe, Greiciña, lo hará muy bien». Hablamos más a menudo ese semestre para asegurarnos de que la clase iba bien y también para saber si él estaba bien.

La historia después de la COVID fue diferente. En los últimos dos años, pude verlo gracias a la generosidad de su hijo Juan Diego, que me permitió compartir con su papá esas conversaciones de café (para mí) y manzanilla (para él). Verlos juntos fue muy gratificante porque esos gestos de cuidado y paciencia reflejaban el afecto que él mismo había sembrado en quienes lo rodeaban. Aunque no estaba al 100 %, aún recordaba lo que era importante: me preguntó por mi hijo, mis mamás, mi hermana, mis viajes y, por supuesto, mis investigaciones y publicaciones. Su rostro se iluminó cuando escuchó que las cosas me iban bien y que había logrado regresar a casa con mis seres queridos.

Estoy segura de que esta historia resuena en muchos otros exalumnos de Idilio que, con el tiempo, se convirtieron en sus colegas, pero sobre todo, en sus amigos. Su partida deja un inmenso vacío académico, pero aquellos de nosotros que tuvimos la suerte de tenerlo en nuestras vidas como mentor y amigo, sabemos que la pérdida es aún mayor.

6. PALABRAS FINALES

En este homenaje, queremos reconocer no solo una admirable trayectoria académica, sino también a un ser humano cuya calidez dejó una huella profunda en quienes lo conocimos. Sus publicaciones, investigaciones y contribuciones profesionales cobran mayor significado cuando se acompañan del recuerdo de su sonrisa franca, su discreta elegancia y la serenidad que siempre transmitían sus palabras.

Hoy, al recordarlo como maestro, colega y amigo, esperamos que nuestras vivencias y recuerdos sirvan también como un sincero tributo, reflejando tanto la cercanía que sentíamos como el respeto que siempre le tuvimos. Las enseñanzas que nos dejó trascendieron ampliamente el aula, y los lazos que se iniciaron en nuestros días universitarios maduraron con los años hasta convertirse en sólidas relaciones profesionales y un profundo afecto.

REFERENCIAS

- Barnes, M. (2019). Intervenciones de John V. Murra en la arqueología andina, *Boletín de Etnohistoria* 24, 9-12.
- Chalco, A. (2017). Andenerías prehispánicas y gestión de riesgos: análisis de su puesta en valor como factor de desarrollo cultural, Pisac-Cusco, tesis de maestría, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

- Covey, R. A. (2011). Acknowledgments, en: C. Morris, R. A. Covey y P. Stein (eds.), *The Huánuco Pampa Archaeological Project. Volume I: the plaza and palace complex*, 5-6, The American Museum of Natural History, New York.
- Deagan, K. (1984). Historical archaeology in Peru, *The Society for Historical Archaeology Newsletter* 17 (1), 37.
- Echeverría, J. (1996). *Betty J. Meggers: personalidades y dilemas en la arqueología ecuatoriana*, Ediciones Abya-Yala, Quito.
- Fuentes, J. L. (2012). Huaca La Florida: la secuencia cronológica de un templo en U en el valle del Rímac, *Arqueología y Sociedad* 24, 191-226. <https://doi.org/10.15381/arqueolsoc.2012n24.e12340>
- Fujita, F. (2001). Casona de San Marcos: investigaciones arqueológicas, *Historia y Cultura* 24, 195-208.
- MacNeish, R. (1980-1983). *Prehistory of the Ayacucho Basin, Peru*, 4 tomos, University of Michigan Press, Robert S. Peabody Foundation for Archaeology, Ann Arbor. <https://doi.org/10.3998/mpub.9690719>
- MacNeish, R., A. Nelken-Terner y A. García Cook (1970). *Second Annual Report of the Ayacucho Archaeological-Botanical Project*, Robert S. Peabody Foundation for Archaeology, The National Science Foundation, Phillips Academy, Massachusetts.
- Marcus, J. (2007). *Edward Craig Morris (1939-2006). A biographical Memoir*, National Academy of Sciences, Washington, D.C.
- Moorehead, E. L. (1978). Highland Inca architecture in adobe, *Ñawpa Pacha* 16, 65-94. <https://doi.org/10.1179/naw.1978.16.1.005>
- Morris, C. (1974). Reconstructing patterns of non-agricultural production in the Inca economy: archaeology and documents in institutional analysis, en: C. B. More (ed.), *Reconstructing complex societies: an archaeological colloquium*, 49-68, American Schools of Oriental Research, Massachusetts.
- Morris, C. (1980). Huánuco Pampa: nuevas evidencias sobre el urbanismo inca, *Revista del Museo Nacional* 44, 139-152.
- Myers, T. P. (ed.) (1977). Current research, *American Antiquity* 42 (2), 272-288. <https://doi.org/10.1017/S0002731600077623>
- Polo y La Borda, M. (2013). Nuevas evidencias en Tambo Colorado. Análisis del material arqueológico del Recinto 6 y Recinto 19, tesis de licenciatura, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Rodríguez, H. (1986). *La antropología y el Perú: 1er Congreso Nacional de Investigaciones en Antropología (Lima, 24-28 de noviembre de 1985)*, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Lima.
- Sandweiss, D. H. (1988). The fishermen of Chinchá: occupational specialization on the late prehispanic Andean coast, en: E. S. Wing y J. C. Wheeler (eds.), *Economic prehistory of the Central Andes*, 99-118, British Archaeological Reports, Oxford.
- Topic, J. R. (2009). Introducción, en: J. R. Topic (ed.), *La arqueología y la etnohistoria: un encuentro andino*, 13-21, Instituto de Estudios Peruanos/Institute of Andean Research, Lima.
- Varón, R. (1997). Surco, Surquillo y Miraflores. La gente y sus recursos entre los siglos XVI y XX, en: R. Varón Gabai y J. Flores Espinoza (eds.), *Arqueología, antropología e historia en los Andes: homenaje a María Rostworowski*, 443-470, Instituto de Estudios Peruanos/Banco Central de Reserva del Perú, Lima.

BIBLIOGRAFÍA DE JULIÁN IDILIO SANTILLANA VALENCIA

1975. Prospección en el sitio arqueológico de Pacopampa, en: I. Flores Espinoza y J. I. Santillana (eds.), *Excavaciones en El Mirador: Pacopampa y prospección arqueológica en Pacopampa*, 141-164, Seminario de Historia Rural Andina, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
1978. Perspectiva arqueológica en la economía incaica, *Histórica* 2 (1), 63-82 [con C. Morris]. <https://doi.org/10.18800/historica.197801.004>
1979. Notas sobre la composición poblacional y agricultura estatal inca. El caso de Písaq, en: *Coloquio Internacional de Arqueología Andina*, 7-18, UNESCO, Lima.
- 1981a. *Proyecto arqueológico y etnobotánico Peñón del Río: informe preliminar y planteamiento de continuación*, Escuela Superior Politécnica del Litoral, Guayaquil [con S. Álvarez, L. Barriga, J. Buys, J. G. Marcos, M. Muse y J. A. Zeidler].
- 1981b. Coporaque, la trayectoria de un poblado andino, *Historia y Cultura* 13-14, 195-206 [con R. Gutiérrez, G. M. Viñuales y A. Yrrazabal].
- 1983a. El cuarto del rescate de Atahualpa. Aproximaciones arqueológicas, *Boletín de Lima* 27, 13-22.

- 1983b. *Poblaciones de lomas: análisis histórico del caso de Pachacamac*, Seminario de investigaciones subsidiadas por AMIDEP, Lima [con E. Mujica Barreda y M. Rostworowski].
1984. La Centinela: un asentamiento Inka-Chincha. Rasgos arquitectónicos estatales y locales, *Arqueología y Sociedad* 10, 13-32.
1988. Evaluación arqueológica de la ciudad universitaria de San Marcos, informe N° 0013-88-ISV del 12 de octubre de 1988, presentado a la Escuela Profesional de Arqueología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y al Instituto Nacional de Cultura, Lima [manuscrito inédito].
1994. Algunas notas sobre el libro: Inka settlement planning, *Histórica* 18 (2), 442-447. <https://doi.org/10.18800/historica.199402.009>
1999. Andenes, canales y paisajes, en: F. Pease G. Y. (coord.), *Los incas: arte y símbolos*, 61-107, Banco de Crédito del Perú, Lima.
2000. Los estados panandinos: Wari y Tiwanaku, en: *Historia del Perú*, 174-232, Lexus, Madrid.
- 2001a. The Inka province of Vilcaswaman: religious dynamics and the expansion of the Inka state, tesis de doctorado, Australian National University, Canberra.
- 2001b. Las plazas del Cuzco y el espacio ceremonial inka, en: *Los dioses del antiguo Perú*, tomo 2, 249-267, Banco de Crédito del Perú, Lima.
2002. Chancas e incas: un nuevo examen, en: J. Flores y R. Varón (eds.), *El hombre y los Andes: homenaje a Franklin Pease G. Y.*, tomo 2, 553-566, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- 2004a. In memoriam: John Howland Rowe (1918-2004), *Histórica* 28 (1), 219-222. <https://doi.org/10.18800/historica.200401.007>
- 2004b. Parssinen, Martti. Tawantinsuyu. El estado inca y su organización política. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos, Pontificia Universidad Católica del Perú y Embajada de Finlandia, 2003, 425 páginas [primera edición en inglés: 1992], *Histórica* 28 (1), 257-259. <https://doi.org/10.18800/historica.200401.016>
- 2005a. Prospección en el sitio arqueológico de Pacopampa, *Arqueología y Sociedad* 16, 181-192 [república, v. Santillana 1975].
- 2005b. In memoriam: Craig Morris (1939-2006), *Boletín de Arqueología PUCP* 9, 5-13.
2007. The Inka transformation of the Chincha capital, en R. L. Burger, C. Morris y R. Matos (eds.), *Variations in the expression of Inka power*, 135-164, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C. [con Craig Morris].
2010. Perspectiva arqueológica en la economía incaica, *Arqueología y Sociedad* 21, 13-28 [república, v. Santillana 1978].
2012. *Paisaje sagrado e ideología inca: Vilcas Huaman*, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
2013. Prefacio. Innovación y hermenéutica en los estudios arqueológicos incas, en: C. Morris (ed.), *El palacio, la plaza y la fiesta en el Imperio inca*, 17-30, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú/Institute of Andean Research, Lima/New York.
2019. El mito de los hermanos Ayar. La matriz ideológica de la historia inca, en: M. Curatola Petrocchi (ed.), *El estudio del mundo andino*, 121-132, Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
2020. Economía prehispánica en el área andina (Período Intermedio Temprano, Horizonte Medio y Período Intermedio Tardío), en: C. Contreras (ed.), *Economía prehispánica*, tomo 1, 231-314, Banco Central de Reserva del Perú/Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Grace Alexandrino Ocaña
Grupo de Investigación del Patrimonio Cultural y Natural-PACUN,
Pontificia Universidad Católica del Perú.
Universidad de Ingeniería y Tecnología-UTEC, Lima, Perú

Sergio Barraza Lescano
Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú

Carla Hernández Garavito
University of California Santa Cruz, California, Estados Unidos

Gabriela Oré Menéndez
University of Nevada Las Vegas, Estados Unidos